

otras esa historicidad es el simple reconocimiento de un tiempo pasado sin trascendencia política alguna. Todo ello sin que estas pretendidas diferencias historicistas deriven de precepto constitucional alguno.

De todas maneras, como escribía al comienzo de esta recensión, este libro es algo más que una denuncia de las impregnaciones y derivaciones nacionalistas que han acompañado los más de 25 años de Estado autonómico: es verdaderamente un brillante balance del importantísimo esfuerzo que hemos realizado en este tiempo, con sus luces y sus sombras, para cambiar irreversiblemente la planta de nuestro viejo Estado centralista. Además, como el propio autor delata, este es un libro «escrito desde un fanatismo, el de la claridad» (pag. 34): en realidad, la única manera razonable, como supo ver en su país y en su momento el canadiense Stéphane Dion (*La política de la claridad. Discursos y escritos sobre la unidad canadiense*, Alianza Editorial/Fundación Manuel Giménez Abad, Madrid, 2005) de mostrar las ambigüedades del discurso nacionalista y sus contradicciones en el seno de un modelo de Estado compuesto. Por ello, en momentos de perplejidad como el que atraviesa nuestro Estado autonómico, libros como el de Roberto Blanco deberían convertirse en obras de lectura obligada e ineludible..., desde luego para quien pretenda poner en práctica ese «fanatismo de la claridad».

*Manuel Contreras Casado*

LIAH GREENFELD: *Nacionalismo. Cinco vías a la modernidad*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2005, traducción de JESÚS CUÉLLAR MENEZO, 684 páginas (ed. original: *Nationalism. Five Roads to Modernity*, Harvard University Press, 1992).

Éste es un libro de sociología histórica: «Esta obra se encuadra dentro de la larga tradición de investigaciones sociológicas que pretenden comprender la naturaleza de la sociedad moderna y explicar su aparición» (pág. 22). Su objeto es utilizar el pasado para comprender el presente: «Mediante este libro se trata de comprender el mundo en el que vivimos» (pág. 1). Su análisis del pasado sólo tiene, pues, como fin explicar el presente. Existe en ello una sutil pero poderosa diferencia respecto al mecanismo de conocimiento del historiador. No me voy a detener en esto pues consumiría abundante espacio, pero creo un factor a tener muy en cuenta.

Hasta tal punto influye este presentismo en su discurso histórico que llega a hacerse «presente», valga la redundancia, en curiosas anécdotas de carácter biográfico. Su autora, la socióloga Liah Greenfeld, es una judía de la antigua Unión Soviética, emigrada en los años setenta a Israel y afincada

desde hace dos décadas en los Estados Unidos, donde ha enseñado en las universidades de Harvard y Boston. Precisamente, su obtención de la ciudadanía norteamericana resultó un episodio fundamental en la concepción de este estudio: «Mi interés por el nacionalismo (...) se remonta al otoño de 1982, cuando convertí los Estados Unidos en mi hogar y cambié de nacionalidad por segunda vez. Este cambio me hizo enormemente consciente de que la identidad nacional es algo que se construye y de que las naciones, según se definan en función de criterios individualistas y cívicos (...) o como colectividades étnicas, presentan enormes diferencias que afectan a todos los ámbitos de la existencia social» (pág. XIII).

Porque este libro tiene como fin el estudio histórico del nacionalismo, para lo que la autora parte de una perspectiva dicotómica que ella misma avanza en estas palabras introductorias y que resulta enormemente reveladora. De alguna manera, el resultado de este trabajo es una compilación intelectual a la que no es ajena una trayectoria vital repartida en dos modelos antagónicos de nacionalidad: la etno-colectivista de la Unión Soviética e Israel, y la cívica y libertaria de los Estados Unidos de América.

Greenfeld propone una comprensión del nacionalismo sustentada, metodológicamente, en la historia de las ideas. Desde este presupuesto de análisis un tanto clásico —cuyo último producto destacado fue esa magistral obra revisionista de Elie Kedourie que pintó, por primera vez, el nacionalismo como una doctrina inventada en la Europa decimonónica como un útil instrumento de legitimación social del Estado—, esta socióloga pretende nada menos que establecer una cronología universal del nacionalismo. Define éste como un «estilo de pensamiento» sustentado en una idea, la de nación, que es, en su opinión, «el elemento constitutivo de la modernidad» (1) (págs. 1-2). En su lectura, pues, no es el nacionalismo el que queda definido por la modernidad, al contrario: es la modernidad la que debe definirse por el nacionalismo. Tal fenómeno lo entiende, además, como histórico y difusivo, es decir, en absoluto primordialista, sino tan instrumental que cuenta incluso con un origen, que data en la Inglaterra del siglo XVI.

Fue en ese tiempo y lugar cuando nació como una auténtica «revolución semántica» que transformó la clásica noción elitista y estamental (medieval) de nación en una nueva sustentada en el ideal (moderno) de pueblo soberano. Tal revolución «señaló la aparición de la primera nación del mundo, en el sentido en que se entiende hoy día, y dio comienzo a la era del nacionalismo». Inglaterra fue esa «primera nación del mundo (y la única, con la posible excepción de Holanda, durante unos doscientos años)» (págs. 5 y 16).

---

(1) ELIE KEDOURIE: *Nationalism*, Hutchinson, Londres, 1960.

Esta «revolución semántica» fue, después, importada por grupos sociales de países continentales que vivían una crisis de su identidad tradicional, y de esa forma fue como entró en Europa la modernidad liberal. Los propios ingleses la trasladarían, además, a la nueva Europa que construyeron en América (págs. 18-21).

La perspectiva del nacionalismo que adopta Greenfeld es abierta y se centra, fundamentalmente, en el proceso de construcción de la identidad nacional. La especificidad que encuentra en este fenómeno como factor clave de la modernidad es que sitúa como fuente de la identidad individual el concepto de pueblo soberano (págs. 6 y 10). Es este principio de soberanía el que le permite tipificarlo en cinco casos paradigmáticos de las dos modalidades en que entiende que fue elaborado. Tal selección de modelos la efectúa siguiendo criterios eurocéntricos y presentistas, prestando atención a la importancia que las sociedades a que se refieren tienen en la actualidad, no en el tiempo histórico en que centra su análisis (que abarca los siglos XVI a XIX) (págs. 29-30). Así, establece un modelo original inglés, transferido luego a los Estados Unidos, de signo cívico e individualista; y define otro alternativo, colectivista y autoritario, característico de los países continentales que lo importaron: Alemania, Francia y Rusia. Este patrón dicotómico (cívico/étnico, individualista/colectivista, abierto/cerrado, libertario/autoritario) (págs. 11-12) le sirve para ilustrar las cinco vías de construcción de la identidad nacional a que se refiere su obra.

Para abordar todo ello se basa en el vocabulario político proporcionado por una inmensa variedad de fuentes históricas en cuatro lenguas, así como en datos acerca de la estructura social de las comunidades estatales que estudia y en los documentos oficiales y relatos históricos, ensayísticos y literarios de cada época, que interrelaciona mediante un envidiable pulso narrativo y capacidad de síntesis. A ello añade peculiares incursiones en áreas poco usuales como la psicología social, especialmente reveladoras en la dimensión emotiva de «resentimiento» que localiza en la variante continental europea del nacionalismo.

La estructura del libro, concebido en base a cinco capítulos, uno para cada caso estudiado, cerrados por un epílogo recapitulatorio, sirve para reforzar el sentido último de su tesis central: que el nacionalismo es el factor clave de la modernidad y que existe una doble modalidad de éste, la una de extremos positivos, la otra de variados extremos negativos; anglosajona, la primera; continental, la segunda. Esta doble modalidad es la que le sirve para «comprender las principales fuerzas que han conformado nuestras identidades y destinos» (pág. 31).

El primer capítulo, «Inglaterra: La primogénita de Dios», analiza el origen del nacionalismo. La identidad nacional inglesa es presentada como la

primera de la historia, conectada con la tradición parlamentaria altomedieval, la reforma anglicana del *xvi* y la revolución política del *xvii*. En ese marco histórico, dibuja la evolución del concepto medieval de nación hasta su identificación en la Inglaterra del siglo *xvi* con el ideal del pueblo soberano, por obra de la pequeña nobleza terrateniente. El moderno concepto de nación quedó ligado a una nueva concepción de la soberanía de signo democrático (dado que la soberanía pertenece al pueblo y que todos los estratos de éste son iguales entre sí). Según su provocativo argumento, la democracia liberal surgió del nacionalismo inglés, de la necesidad que tuvo de expresarse «nacionalmente». La definición del moderno concepto de nación estaba en marcha hacia 1530 y era «un hecho», a la luz de sus fuentes, hacia 1600 (pág. 39). Este «hecho» cultural quedó reflejado en un nuevo «discurso y sentimiento», en cambios en el vocabulario político, en la estructura social y en las actitudes religiosas, dado que la Reforma «sancionó el desarrollo de una identidad y de un orgullo separados (de la comunidad católica continental)». En esta última área, la religiosa, es donde detecta la culminación del «hecho nacional inglés», cuando Isabel I «nacionaliza» a Dios y vincula la nación a la nueva verdad religiosa reformada a fines de aquel siglo (pág. 82).

El segundo capítulo titulado, con ecos «braudelianos», «Las tres identidades de Francia», muestra la evolución de la identidad francesa en tres etapas sucesivas que culminan en la definición de la nueva nación. En la primera, medieval, Francia es la «hija mayor» y preferida de Dios; en la segunda, se define como un «Estado» identificado con la monarquía absoluta de los Borbones. Es entonces cuando comienza «un proceso largo y gradual, que avanzó mediante cambios imperceptibles» en el que «una identidad nacional derivada del hecho de ser súbdito del Rey de Francia» fue sustituida «por otra basada en la pertenencia a una sociedad civil compuesta por ciudadanos» (pág. 218). Este proceso finaliza en el tiempo de la Revolución, cuando se produce la recepción definitiva de la idea de nación, importada de Inglaterra por los filósofos ilustrados y por la aristocracia en crisis, si bien la importación requirió de un proceso adaptativo en el curso del cual este ideal político perdió sus originarios atributos individualistas-libertarios y adoptó otros de signo colectivista-autoritario. Así, quedó definida una vía nacional alternativa hacia la modernidad, en la que la nación representaba, sobre todo, a una colectividad abstracta: el Estado.

El proceso de definición de la nueva identidad nacional francesa, que documenta mediante los consiguientes cambios en el vocabulario político y el discurso intelectual, cuenta con momentos históricos decisivos que son espléndidamente analizados, como el ajusticiamiento de Luis XVI y la transferencia de sacralidad de la monarquía, su depositaria tradicional, a la nación,

que pasa a ser el nuevo «ser supremo» (pág. 230). Greenfeld documenta, además, de forma convincente, que, frente a la tesis de una pretendida «revolución burguesa» como sostén del nuevo ideal nacional, éste fue soportado, en realidad, por unas elites nobiliarias reconvertidas a una nueva identidad, la de la nación, con el fin de competir con la monarquía absoluta. Unas elites entregadas, además, a un «resentimiento» que entiende como elemento característico del modelo continental de nacionalismo y que, en este caso, tiene como destinataria a Inglaterra, con lo que la identidad nacional francesa nace con un fuerte componente «anglofobo».

El tercer capítulo, «Rusia: la Roma escita», analiza el país de nacimiento de esta socióloga y los fundamentos de su identidad nacional, que enmarca en el siglo XVIII y el primer tercio del XIX, en la labor de los grandes zares de este tiempo, empeñados en sacar a una sociedad europea periférica del atraso, así como en el trabajo de una aristocracia e intelectualidad implicadas en la elaboración de la nueva identidad de nación. Una identidad que define, también, como totalitaria y colectivista, nacida como una auténtica pasión de «resentimiento» frente a la Europa occidental, y que encuentra perfilada hacia el año 1800 (págs. 306-307, 357 y 374-375).

El cuarto capítulo revela una implicación personal, subjetiva, que ha comenzado a ser patente en el anterior. Su título, «Alemania: La solución final al anhelo infinito», muestra, en sí mismo, la molestia que el caso histórico de este país genera en la autora, que queda patente en el terrible subtítulo del capítulo, todo un reflejo de la sombra que el nazismo ejerce a lo largo de las cien páginas que lo componen. En el caso alemán, el grupo social que desempeña el papel estrella en el proceso de construcción de la identidad nacional no es la aristocracia, sino los intelectuales de clase media. Este grupo es el que encarna el intenso «resentimiento» acumulado, como en el caso ruso, en dicho proceso, aunque en este caso dirigido más contra elementos internos que externos, más contra la aristocracia que contra otros países. En torno a ese resentimiento fue cimentándose un «nacionalismo atrasado», más reciente que en los tres países previos, que no existía en 1806 y, en cambio, estaba sorprendentemente maduro en 1815.

La conciencia nacional alemana fue, pues, el resultado de un tortuoso pero rápido «proceso de fermentación intelectual» en el que tuvieron una participación fundamental el pietismo reformista, el romanticismo y la invasión napoleónica. Esta última canalizó el resentimiento albergado por estas clases intelectuales: «al final, fue Francia la responsable de la aparición del nacionalismo alemán (...) Francia proporcionó a los alemanes el Enemigo contra el que todos los estratos de la desunida sociedad germana podían unirse, al que todo el mundo podía culpar de sus desgracias y con el que po-

día dar rienda suelta a sus frustraciones» (págs. 400-401, 493, 509). Surge, así, un nacionalismo pintado con tonos de tragedia tanto para los que participaron en él como para los que lo sufrieron —en la nota 162 afirma: «el nacionalismo alemán fue, realmente, una tragedia, pero, en primer lugar, lo fue para los no alemanes» (pág. 494)—. Un nacionalismo que expone como auténtico paradigma del colectivismo étnico, empeñado en diluir el individuo en la abstracción esencialista del todopoderoso «pueblo» en el que aquél perdía todos sus derechos (págs. 506-507).

Este nacionalismo derivó hacia teorías colectivistas, organicistas y racistas de fuerte contenido antioccidental, marco en el que surgiría el «problema judío» como culminación del mecanismo de resentimiento en que aquél se refugió. El judío sería, en opinión de Greenfeld, el símbolo prototípico de Occidente. A fines del XIX se produciría el definitivo cambio de la matriz religiosa de este problema a la racial, dejando preparado, por lo tanto, el surgimiento del nazismo. La interpretación es unilateral y poco clara (pensemos que el estereotipo judío siempre ha remitido a Oriente, no a Occidente) y está, además, firmemente dirigida a explicar los orígenes culturales del nazismo y la trágica «solución» que decretó al problema judío, aludida malévolamente en el propio título del capítulo. Así, en su opinión, el antisemitismo fue una parte esencial de la nueva identidad nacional alemana: «había una línea directa (aunque no «absolutamente clara e incuestionable») que unía a Hitler con los idealistas patriotas románticos de las Guerras de Liberación. El antisemitismo racial, combinado con la exaltación de la violencia y la muerte, un elemento igualmente fundamental del nacionalismo alemán, allanó el camino hacia el Holocausto. La posibilidad de la Solución Final se hallaba implícita en la conciencia nacional alemana. Aunque no era inevitable, no fue ni un accidente ni una aberración de la historia alemana (...) sólo Alemania podía producir a Hitler y responder de esa forma a las condiciones estructurales [de su identidad nacional]» (págs. 526-527).

La antipatía que genera a la autora el modelo alemán sólo es equiparable en peso a la simpatía que refleja hacia el norteamericano. Así, su tesis acerca del origen y la correcta evolución, insular y anglosajona, de este fenómeno histórico, desemboca en un último capítulo titulado, con tonos amables: «En pos de la nación ideal: El despliegue de la nacionalidad en los Estados Unidos de América». En su opinión, el caso norteamericano es excepcional por cuanto constituye el modelo de nación ideal en tanto que sublimación del original inglés. Los colonos ingleses llevaron su identidad nacional y sus moldes libertarios, individualistas y cívicos a estas colonias, como sintetiza uno de los epígrafes de este capítulo: «Norteamérica como Nueva Inglaterra» (págs. 551, 557). Luego, el nacionalismo estadounidense fue elaborado,

a partir de la Independencia, para ser el sustento de una cultura política contractual que culminó con la Guerra de Secesión, que la autora califica como «civil», pues niega que existiera un auténtico nacionalismo sudista dado que éste se encontraba en su más tierna infancia, por lo que fue un bebé «asesinado en la cuna» en 1864.

La Guerra de Secesión, en su opinión, marca el acta de fundación de la «nación ideal» en tanto que mito colectivo sacrificial en el que culmina la construcción de una identidad nacional que califica como un auténtico paradigma del individualismo cívico. Así, en una interesante comparación que hace de este modelo nacionalista con el europeo continental, subraya cómo en el caso norteamericano la nación es siempre representada como una «asociación de individuos y, por lo tanto, más un cuerpo compuesto que una individualidad superior» (págs. 664-665). En ella el componente étnico tendrá un carácter marcadamente local y no aparecerá hasta fines de siglo, merced a la llegada de millones de inmigrantes europeos que trasladaron diversas identidades subsumidas en el molde de la nueva identidad integradora generada por un nacionalismo cívico, pluralista y dual. La descripción de este proceso es, en mi opinión, uno de los apartados más interesantes de este libro (págs. 664-668).

Con este análisis, enormemente idealista y subjetivo, de la «vía norteamericana» al nacionalismo termina este peculiar libro que, publicado hace catorce años, ve por fin la luz en español merced a la labor editorial del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. La cuestión con que deseo cerrar este comentario es si realmente nos encontramos ante un auténtico clásico de la reciente teoría del nacionalismo. Y esta pregunta, que me he planteado a lo largo de la lectura que he hecho de esta primera edición española, diez años después de haber leído su original inglés, no me es fácil de contestar.

El libro de Liah Greenfeld es mastodónico, tanto por sus presupuestos analíticos como por el saber enciclopédico y la capacidad de síntesis que acumula en el desarrollo de su argumento teórico. Su perspectiva del nacionalismo como proceso de construcción de la identidad nacional y su definición de este episodio como eje articulador de la modernidad liberal son sugestivos y han influido poderosamente en obras fundamentales de la reciente historiografía española sobre la cuestión como la *Mater dolorosa* de José Álvarez Junco. Esta obra no puede entenderse sin tener presente este estudio de Greenfeld, tanto en su planteamiento analítico como en su juicio crítico acerca del modelo nacionalista español del ochocientos, que este historiador define expresamente como «colectivista autoritario». Un modelo cuyas fallas cívicas e individualistas subraya a lo largo de este espléndido libro y ha perfilado, luego, en sugestivos ensayos. Mi propio trabajo sobre el problema

vasco en el nacionalismo español decimonónico debe mucho, debo confesar, a la lectura que hice de la versión original de este libro y, en especial, a su sugestivo planteamiento de análisis de los procesos de construcción de las identidades nacionales y del papel de los mecanismos oposicionales y de «resentimiento» en la activación de estos procesos (2).

Sin embargo, si bien esta nueva lectura del libro ha confirmado mi admiración por la factura narrativa de esta obra y por su ambición comparativa, lo cierto es que, a la par, se ha acrecentado mi perspectiva crítica respecto del fondo de su argumento. A ello no es ajeno el avance que la teoría del nacionalismo ha experimentado en la década larga que ha transcurrido desde que apareció su edición original, que hace un tanto sorprendente el camino de soledad que la autora decidió tomar respecto de la teoría del nacionalismo levantada ya por entonces. Una soledad que tiende, en mi opinión, a una peligrosa autosuficiencia analítica y teórica que acaba pasando factura al resultado final del trabajo y, en especial, a sus aspiraciones de comprensión «total» de la realidad histórica del nacionalismo.

Su argumento es construido en cinco capítulos siguiendo un esquema cerrado y circular, que comienza planteando la tesis central: la existencia de un nacionalismo originario de perfiles positivos, marcador de la modernidad occidental, que la autora coloca en la Inglaterra del XVI, contrastado con la progresiva deformación que sufre en su «importación» continental por los estados estudiados en los capítulos segundo a cuarto de la obra: «Al extenderse por el continente europeo, el nacionalismo cambió su naturaleza. En su transformación se apartó de los principios de nacionalidad primigenios, los del individualismo inglés; los mismos, es preciso recalcarlo, que el mundo ha denominado, de una forma que ensombrece oportunamente sus orígenes nacionales, “las ideas de la democracia moderna”» (pág. 545). El análisis de cada caso continental se va haciendo progresivamente odioso en calificativos hasta culminar en un modelo alemán que es colocado en la antesala del régimen de Adolf Hitler. Y, finalmente, todo vuelve al punto positivo de partida con la última «vía (nacional) a la modernidad» que cierra el libro, la norteamericana, que pinta como una exitosa depuración de la original de la mano de un idealis-

---

(2) JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001. Uno de esos ensayos es, y valga sólo como ejemplo: «Todo por el pueblo. El déficit de individualismo en la cultura política española», *Claves de Razón Práctica*, núm. 143, 2004. El trabajo propio a que me refiero es FERNANDO MOLINA APARICIO: *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2005. He de confesar, de todas formas, que mi mayor deuda en él es con otros clásicos como BENEDICT ANDERSON, ERIC HOBSBAWM y, sobre todo, ERNEST GELLNER.



mo realmente sorprendente. En este punto, creo que debo insistir en lo dicho al principio: en que existe un componente de implicación personal que, por muy comprensible y razonable que pueda parecer, acaba pasando una factura demasiado alta a los resultados científicos de este trabajo.

Y es que todo deriva en un análisis demasiado maniqueo, en el que la luminosidad del modelo anglosajón resulta sólo comparable a la oscuridad del continental. Así, fenómenos históricos terribles como el imperialismo británico o el norteamericano (por no hablar del problema racial estructural de este último país), algunas de cuyas consecuencias marcan la agenda política internacional de nuestro presente, desaparecen sorprendentemente del argumento, no tienen cabida. En ello actúa una razón cronológica, pues estos fenómenos se corresponden con períodos a los que la autora no presta atención. Pero ello no siempre es justificable. Y es que la idealizada Inglaterra de los Tudor ya estaba, por entonces, empeñada en convertir la católica Irlanda en una colonia interior a la que, por cierto, no parecía necesario transferir los beneficios de la modernidad democrática generada por el nacionalismo que dirigía su conquista y colonización.

Este maniqueísmo, además, se sustenta en una perspectiva dicotómica del nacionalismo, en la que los elementos culturales cívicos se presentan como perfectamente dissociables de los étnicos, algo que la reciente teoría del nacionalismo ha cuestionado. Y resulta curioso que hayan sido los países idealizados por Greenfeld, Inglaterra y Estados Unidos, los utilizados por psicólogos sociales o politólogos como Michael Billig o Jacqueline Stevens para demostrar que la banalización de la nación en estas sociedades contiene elementos organicistas bastante más potentes que los que da a entender Greenfeld. Estos novedosos análisis complejos de las matrices culturales de los nacionalismos de Estado han acabado por ser asumidos, de hecho, incluso por antiguos defensores de la perspectiva dual «maniquea», caso de Rogers Brubaker (3).

---

(3) LIAH GREENFELD asume, además, otra de las conocidas tesis dualistas clásicas, la diferenciación entre un patrón oriental y otro occidental de nacionalismo europeo, véase su trabajo: «Nationalism in Western and Eastern Europe Compared», en S. HANSON y W. SPOHN (eds.): *Can Europe Work? Germany and the Reconstruction of Postcommunist Societies*, Willfried Spohn, Seattle, 1995, págs. 15-23. La dimensión etnocívica de los nacionalismos de Estado es subrayada por JACQUELINE STEVENS: *Reproducing the State*, Princeton UP, Princeton, 1999, MICHAEL HECHTER: *Containing Nationalism*, Oxford UP, Oxford, 2000, o DAVID BROWN: *Contemporary Nationalism. Civic, Ethnocultural & Multicultural Politics*, Routledge, Londres, 2000. Su banalización cotidiana queda bien expuesta en MICHAEL BILLIG: *Banal Nationalism*, Sage, London, 1995. La llamativa evolución desde la aceptación del modelo dicotómico a su cuestionamiento experimentada por ROGERS BRUBAKER: «Myths and misconceptions in the study of nationalism», en M. MOORE (ed.): *Self-determination and Secession*,

Además, la propia comprensión del nacionalismo que presenta Greenfeld es sumamente discutible. Por un lado, es sólidamente instrumentalista, como deja claro en observaciones antológicas como la que sigue: «por encima de todo, una nación es la encarnación de una ideología. No hay naciones “aletargadas” que despierten al sentimiento de que existe su nacionalidad a causa de algún tipo de unidad objetiva; en realidad, la invención y la imposición de la identidad nacional llevan a las personas a creer que están realmente unidas y, en consecuencia, a unirse de verdad; es la identidad nacional la que con frecuencia entreteje a poblaciones dispares hasta formar una sola» (pág. 549). Pero, por otro lado, su análisis se refugia en el clásico y tradicional estudio intelectual del nacionalismo, heredero de los Boyd Shafer, Carlton Hayes o Hans Kohn, mientras apenas tiene en cuenta la línea de investigación modernista en sus ámbitos cultural (Benedict Anderson), histórico (Eric Hobsbawm), estatal (Charles Tilly) o social (Ernest Gellner). Así, se multiplican sus recursos a clásicos mucho más trasnochados como Hans Kohn (y no sólo como fuente documental), e incluso puede percibirse, en el fondo de su tesis, el eco de otro clásico avejentado, de Hugh Seton-Watson y su planteamiento acerca de la interrelación del nacionalismo con el principio de la soberanía popular en tanto que indicador de la modernidad (4).

De tal manera que lo que sustancia la tesis central de Greenfeld es un retrotraimiento a la Inglaterra reformada del XVI del planteamiento de este historiador conservador acerca de la interrelación entre el nacionalismo y la Revolución Francesa como factor cultural de la modernidad. A ello añade, eso sí, un supuesto carácter difusivo del fenómeno que avala una peligrosa carrera intelectual por definir el origen de la idea nacional en tiempos históricos anteriores, a la que se han apuntado afanosos neoprimitivistas como el teólogo Adrian Hastings, que ha acabado retrayendo dichos orígenes ¡a la Inglaterra del siglo XI! (5).

---

Oxford UP, Londres, 1998, respecto de sus antiguas tesis de *Citizenship and Nationhood in France and Germany*, Cambridge UP, Cambridge, 1992, ya era perceptible en *Nationalism reframed. Nationhood and the National Question in the new Europe*, Cambridge UP, Cambridge, 1996. Estas lecturas ayudan a cuestionar la dimensión moral que pinta unos nacionalismos como buenos y otros como malos, presente, también, en aquellos empeñados en hacer lo mismo pero al contrario, idealizando los estados multiétnicos y los nacionalismos respetuosos con la etnicidad, caso de WILL KYMLICKA: *Multicultural Citizenship: A Liberal Theory of Minority Rights*, Oxford UP, Oxford, 1995.

(4) HUGH SETON-WATSON: *Nations and States*, Westview Press, Boulder, 1977, pág. 13.

(5) ADRIAN HASTINGS: *The Construction of Nationhood*, Cambridge UP, 1997 (ed. española: Cambridge UP, Madrid, 2000). Estas concepciones disparatadas acaban siendo peligrosas pues son rápidamente recogidas por oportunistas de todo género. Tal es el caso, en el sufrido País Vasco, de propagandistas de Navarra como «la» nación medieval vasca como TOMÁS

Por otro lado, este mismo planteamiento difusivo aparece lastrado por vacíos que quedan sin clarificar suficientemente: si la cuna del nacionalismo es la Inglaterra del siglo XVI, ¿qué ocurre con comunidades políticas que, ya en esa época, vivían en hermandad cultural (y, pronto, estatal) con este país, caso del País de Gales o de la propia Escocia? Si los emigrantes ingleses transfirieron su nacionalismo cívico y libertario a las colonias americanas, sentando las bases de la futura cultura nacional estadounidense, ¿qué transfirieron los emigrantes escoceses o galeses de los siglos XVI a XVIII? ¿Cómo surgió la identidad británica en las islas y en Estados Unidos, entonces? (Una identidad que, en este plano colonial, creo que Greenfeld tiende a asimilar a la inglesa) ¿Acaso la guerra no jugó un poderoso papel en la definición de la identidad nacional inglesa y, más aún, de la británica? ¿y acaso ésta no implicó una agitación violenta y una instrumentalización del odio al otro (al *papista* español o francés) de tonos similares al de ese «resentimiento» que Greenfeld sólo parece encontrar en el continente europeo, como demuestra Linda Colley en su estudio sobre la formación de la identidad nacional británica? (6).

Despegada de la comprensión compleja, socio-cultural, del nacionalismo, Liah Greenfeld empeña más de seiscientas páginas en demostrar cómo éste nació y se formó en base a un ropaje intelectual de ideas, principios y conceptos políticos acerca de las comunidades humanas. No deja claro, tampoco, cómo las masas se vistieron con este ropaje hasta convertir la nación en esa identidad colectiva fundamental de la modernidad que defiende en su libro. Tampoco deja claro qué pasó no ya fuera de Europa (fenómenos como el de los «pioneros criollos» señalados por Benedict Anderson, el de las ex-colonias europeas que buscaron, en el tránsito de los siglos XVIII a XIX, la modernidad liberal recurriendo al nacionalismo, no aparecen una sola vez mencionados) sino dentro, en el Mediterráneo, Centroeuropa o los países nórdicos (7).

Entonces, convengamos, de nuevo: ¿es este libro un clásico? No y sí. Lo subjetivo, presentista, eurocéntrico, idealista e intelectual de su propuesta argumental, creo que hacen difícil tenerlo como tal. Ni su concepción del nacionalismo ni la selección de modelos y marcos cronológicos para demostrar

---

URZAINKI: *El Estado navarro*, Pamplona, Pamplona, 2001. No debe olvidarse que el propio Hastings habla de Navarra como una nación medieval subsumida en el olvido, para alegría de esta nueva historiografía afín al imaginario nacionalista de la izquierda *abertzale* vasca...

(6) LINDA COLLEY: *Britons. Forging the Nation, 1707-1837*, Yale UP, 1992.

(7) El símil del ropaje lo tomo de la alusión a las identidades sociales como «camisas» con que los individuos se visten (y desvisten) que hace ERIC J. HOBBSBAWM: «Izquierda y política de identidad», *El Viejo Topo*, núm. 107, 1997, pág. 24.

ésta lo avalan completamente. Ahora bien, las riquísimas sugerencias vertidas en cada uno de sus capítulos (he de confesar, como vasco, que el dedicado a Alemania me ha resultado angustiosamente familiar; por no hablar de sus apreciaciones acerca del papel de las aristocracias y grupos sociales «tradicionales» en la elaboración de la identidad nacional, que abren nuevas vías de comprensión de fenómenos como el nacionalismo español de los dos primeros tercios del siglo XIX, bien asumidas, por ejemplo, por Álvarez Junco), la sofisticación de su método histórico comparativo, su capacidad de síntesis y exposición narrativa, y el propio planteamiento de analizar el nacionalismo como una construcción social, sí que, por el contrario, convierten este libro en una cita ineludible para todo aquel que pretenda conocer la mejor teoría acerca del nacionalismo levantada por la ciencia social del pasado siglo.

El Centro de Estudios Políticos y Constitucionales permite, ahora, al lector español, conocer este peculiar clásico, de la mano de un excelente trabajo de traducción, que realza aún más la bella narrativa vertida por esta socióloga en esta obra compleja, discutible y hermosa, cuyo comentario crítico me gustaría cerrar con unas palabras tomadas de su introducción. En ellas confiesa algo que creo que a muchos resultará familiar: «He intentado apoyarme principalmente en fuentes primarias, utilizando análisis secundarios para guiarme allí donde mi conocimiento era insuficiente. (...) Me asombraba la complejidad de los datos históricos y periódicamente me desanimaba la gran cantidad de material. (...) Sin embargo, lo que me mantuvo en mi propósito fue el firme convencimiento de la absoluta centralidad del nacionalismo para nuestra experiencia y la vital importancia que tiene comprenderlo hoy en día (...) y el ejemplo de las personas que estudiaba, creadoras de un nuevo mundo». (pág. 33) Con ese desánimo hemos de lidiar todos los que dedicamos una parte demasiado importante de nuestra vida a la historia del nacionalismo. Y con ese convencimiento podremos triunfar en el propósito de deconstruir sus discursos y representaciones, para pequeño bien de sociedades que, como la española, siguen empeñadas en sufrir esa dichosa «centralidad» en su vida cotidiana.

*Fernando Molina Aparicio*

DÁMASO DE LARIO: *Al hilo del tiempo. Controles y poderes de una España imperial*, Universitat de Valencia, Valencia, 2004, 335 páginas.

Bajo el sugerente título de *Al hilo del tiempo*, el diplomático e historiador español Dámaso de Lario (Valencia, 1949), acaba de publicar una recopilación de sus artículos escritos durante los últimos treinta años. Treinta años a todas